CAPÍTULO XV

Algunos acontecimientos que sucedieron á la convención de 1865.

Superioridad de la harmonía que tuvo la convención latina.—Conferencia internacional de 1867.--Los delegados carecían de amplios poderes.—Francia y Austria eran las únicas naciones que tuvieron la precaución de estudiar el asunto.—Resultado de sus estudios.—Carácter académico de la Conferencia.—Exposición universal de 1867.—El anfitrión y sus convidados.—Franca cordialidad.—Unanimidad para el étalon oro, pero sin traducirse en obligación.—Algunos pueblos con papel de curso forzoso, excluyen también la plata.—Fábula del zorro y la parra.—Ligeras disidencias.—Declaración americana en 1869.—Empréstito de oro pedido á Europa.—Ansiedades de Francia.—Sumario.—Opiniones diversas.—Solución impracticable de 1867.—Alemania adopta el oro.—Pídese un pueblo pobre que tome la plata.—Protestas.—Guerra de 1870.—Se limita la acuñación de la plata.—Enorme baja.—Complicaciones italianas.—El *caballo blanco* emisario.—Banco de Francia.—Nuevo derecho señorial.—El Barón de Rothschild.—Predicciones realizadas.—Crisis.—Un pensamiento de Pascal.

AL mismo tiempo que se modificaba el estado del mercado monetario, iba ampliándose la cuestión de principio, por consecuencia del desarrollo de la idea de unificar la moneda, idea que había sido presentada en embrión en la convención de 1865.

Ya se habían hecho anteriormente, en el seno de la confederación alemana, cierto número de convenciones monetarias; en

efecto, alrededor de cien años antes de esta fecha, en 1765, se encuentra un tratado de esta naturaleza entre algunos Estados alemanes, pero era esto más bien una cuestión de economía interior de poca importancia para Europa. El sistema monetario alemán, se separaba más que el sistema francés del valor intrínseco del metal precioso que contenía, de tal suerte, que el mercado metálico del mundo, tenía más razones de interés y de beneficios para establecer sus relaciones permanentes é inmediatas con el sistema francés, quien mucho más que el alemán, se aproximaba al valor real del metal precioso, puesto que el primero de estos era quien imponía los gastos de monedaje más exíguos y restringidos.

Por este motivo, la convención entre Francia, Bélgica, Italia y Suiza, hizo una impresión más grande en el mundo que la producida cien años antes por la unión establecida entre algunos Estados alemanes; creíase ver en ella el principio de un camino hacia la adopción de una moneda universal.

Pertenecía á Francia tomar la iniciativa de llamar la atención de las naciones sobre la oportunidad que había de poder generalizar, en la medida de lo posible, el principio bosquejado en 1865.

Era á la sazón ministro de Hacienda M. Rouher, monometalista que, como éstos, perseguía el ideal de la adopción del oro como unidad monetaria única.

Hubo un cambio de correspondencias entre las diferentes naciones; se produjo cierto movimiento en la prensa europea, y por último, el gobierno francés, inició una conferencia general monetaria, para la cual invitó á los principales pueblos del universo. Esta conferencia se reunió en París en 1867.

Para llegar á una solución real en una cuestión tan vasta y tan múltiple como la cuestión monetaria; para haber obtenido un resultado práctico en una cuestión que tan íntimamente afectaba á todos los intereses sociales, hubiera sido, sin duda, de desear, que el presidente de la conferencia hubiese advertido con tiempo á los pueblos invitados, la necesidad de que llevaran hecho un estudio de la tan importante cuestión, á fin de que sus delegados acudieran ya con ciertas instrucciones. Francia y Austria fueron las únicas naciones que tomaron esta precaución.

En Austria, la comisión nombrada al efecto declaróse, casi por unanimidad, pronta á unirse á la convención de 1865, ó

por lo menos, á su principio, pero con la condición expresa de que se tomara por base sólo al oro como unidad monetaria. ¡Singular pretensión emanada de un Estado que no poseía, ni hoy posee todavía, ninguno de los dos metales preciosos, y que bregaba desde años atrás contra el papel de curso forzoso y todos los trastornos que á este le siguen!

Por el contrario, en Francia, en el centro mismo de la plétora monetaria que resultaba de las afluencias de oro, tanto de California como de Australia, la comisión, compuesta de ocho miembros, se pronunció en un sentido diametralmente opuesto, y por cinco votos, en los que se encontraba el del representante especial del ministro de Hacienda, declaró que no había razón suficiente para cambiar la legislación del año XI, y para romper con el bimetalismo.

Los tres miembros disidentes se unieron á la opinión expresada en Austria, que estaba lejos de prevalecer en la comisión francesa.

Bajo estos auspicios se abrió en París el 17 de Junio de 1867 la primera conferencia monetaria, momento que, como hacía observar el Marqués de Moustier en la sesión inaugural, no podía ser más favorable á la realización del pensamiento de una moneda universal, cuando todas las naciones del globo se encontraban reunidas en París con motivo de una Exposición universal, cuando ostentaban todos sus esplendores, todas las riquezas del suelo, todos los productos industriales, todas las conquistas de sus instituciones nacionales, mostrando, á presencia del mundo, el cuadro vivo de los inmensos progresos realizados en los tiempos aquellos.

Pero, desgraciadamente, al presentarse en la sesión quinta (1) una declaración escrita que leyó M. Rivers Wilson, vino á deducirse que la mayor parte de los delegados, habían acudido sin instrucciones de sus respectivos gobiernos, y por lo tanto, no podían someterse á ninguna obligación; el papel de los delegados ingleses, entre otros, era únicamente «*escuchar, estudiar é informar después á su gobierno*».

El príncipe Napoleón entónces, ante la contrariedad de ver que pudiera cerrarse la conferencia, llegó á hacer esta singular declaración diciendo que «la obra de la conferencia era esencial-

(1) 26 de Junio de 1867.

mente teórica, y por consecuencia, los delegados no debían temer emitir su opinión, puesto que esta no obligaría en nada á los gobiernos que representaban.»

En esta época, había tomado cierto incremento en las esferas gubernamentales la idea de la desmonetización de la plata. Nótese que M. de Parieu, partidario convencido del monometalismo oro, era el que presidía los trabajos de la conferencia; que eran huéspedes invitados por Francia á la suntuosidad de la más grande de las exposiciones universales, y que las opiniones que emitieran, no podrían significar nunca, más que una inclinación puramente académica. En atención á todo, siguió la más completa unanimidad y la cordialidad más franca entre invitantes é invitados.

En fin, la conferencia de 1867, admitió el principio (que en nada obligaba á los gobiernos) de adoptar el oro como única unidad monetaria, con exclusión de la plata, dejando sin embargo á cada Estado la libertad de conservar transitoriamente el metal blanco, y absteniéndose, por tanto, de indicar ni mucho ni poco, lo que pudieran hacer ó continuar las naciones en el porvenir.

Detengámonos un momento para comprobar todo lo que había de bizarro y extraordinario en esta unanimidad; advirtiendo que entre los 18 pueblos que en la conferencia tomaran parte, hubo 5 (1)—representantes de 215 millones de habitantes—que en el momento en que tan bravamente se pronunciaron en favor de la exclusión de la plata, no poseían ni oro, ni plata, no teniendo, por lo tanto, más que papel de curso forzoso, que sufría necesariamente una gran depreciación. Cuando estos delegados retiraban con tanto desdén al metal blanco, ¿no recuerdan involuntariamente á la fábula del zorro y la parra cuando éste decía: «*Están verdes*»?

La conferencia comenzó el 19 de Junio, y fué cerrada, á la octava sesión, el 6 de Julio de 1867; las discusiones no fueron ni largas ni profundas. En ellas se constituyeron por unanimidad tipos que tenían un común denominador para el peso con idéntico título. (26 de Junio.)

Por unanimidad también (menos tres abstenciones) (2) decídese por la moneda de 25 frs. (28 de Junio.)

(1) Italia, Austria, Estados-Unidos, Grecia y Rusia.
(2) Prusia, el Gran Ducado de Baden y Wurtemberg.

Y, también por unanimidad, se hacen votos de ver traducirse estas bases lo más pronto posible por convenciones diplomáticas.

Una sola divergencia de parecer llegó á producirse, cuando se trató de unir á los gobiernos para que fijasen el 15 de Febrero de 1868 las respuestas que se les ocurriera contra los votos expresados en la conferencia.

Cinco Estados (1) algo impacientes, encontraron demasiado lejana la fecha del 15 de Febrero de 1868, y proponían la del 1.° de Octubre de 1867. Eran estos, evidentemente, los partidarios más sinceros del monometalismo oro, quienes de tal suerte obraban, ante el recelo de que pasase la ocasión de hacer adoptar su sistema.

Dos Naciones (2) solicitaban una dilación más larga; eran probablemente los menos inclinados á dejarse convencer al principio de una moneda universal.

Otras dos (3) se abstuvieron.

La fecha del 15 de Febrero de 1868 fué adoptada por los otros diez Estados, no sin haberse producido una pequeña disidencia por parte de Portugal y Rusia, que creían debiera añadirse á esta fecha las palabras «ó más pronto si es factible».

Añadiremos que, á pesar de estas disidencias aparentes, más tarde fueron todos de acuerdo, porque ninguna consecuencia tuvo la decisión tomada, ó más bien, la pretendida consulta dada por la conferencia de 1867.

En este último sufragio de la conferencia internacional de 1867, se dibujaron las disidencias de opinión que existían en el fondo entre los diversos gobiernos. Estas divergencias debían acentuarse más tarde; hasta el presente, todos los esfuerzos hechos han resultado infructuosos para hacerlas desaparecer.

Más tarde, en las conferencias internacionales provocadas por América en 1878, veremos que aquellas se declararán en toda su evidencia y con toda su energía; consagraremos á esto un exámen especial.

Nos limitamos ahora á examinar los incidentes que se produjeron alrededor de la convención latina de 1865, y que vinieron á complicar el funcionamiento tranquilo que esperaran sus firmantes.

(1) Austria, Bélgica, Italia, Suecia y Noruega.
(2) Los Estados-Unidos y la Gran Bretaña.
(3) Francia y España.

A pesar de las numerosas pruebas hechas en Francia; á pesar de las múltiples conferencias y numerosas comisiones que sin tregua ni intervalo se ocupaban de la grave cuestión monetaria, así y todo, permanecieron siempre las cosas en el mismo estado. El gobierno francés, sin embargo, no pudo permanecer indiferente á una declaración que en 1869 acababa de serle hecha por M. Ruggles, ministro de los E. U. en París. El gobierno americano, preocupándose de realizar sus pagos en especie, hubo de resolver simplemente como consecuencia natural de la conferencia de 1867, contratar un *fuerte empréstito* en Europa, y *contratarle en oro, con exclusión de la plata.* El gobierno francés se encontraba ante la eventualidad y la amenaza de una rarefacción monetaria sobre el mercado europeo.

Ansioso siempre el gobierno francés, con la noticia de este proyecto inesperado, hizo someter inmediatamente á otra información la eterna cuestión monetaria latente desde 1865, (1) y el 9 de Noviembre de 1869, nombró una comisión encargada de estudiar el conjunto de principios y de hechos aferentes á las diversas cuestiones que habían sido examinadas por la conferencia internacional de 1867, y por las comisiones sucesivas después, y de reunir todas las cuestiones relativas al mismo objeto que pudieran surgir en el curso de la información abierta.

La obra de esta comisión, probó muy pronto cuán superficial había sido el estudio hecho por la conferencia internacional de 1867, que decretaba la adopción del oro como moneda universal con la pieza de 25 frs. término medio, excluyendo á la plata.

Michel Chevalier, en un discurso pronunciado sobre esta materia ante el Senado francés, hacía entrever las dificultades é imposibilidad que existían para las naciones que no tuvieran la moneda de 25 frs., de acuñarla con detrimento de la circulación que les rigiera; no hablaba de los pueblos que tenían solamente circulación de papel, para los cuales era un sueño la posesión del oro.

Hé aquí la observación que Michel Chevalier hacía ante la esperanza de ver á Inglaterra aceptar la moneda de 25 frs. oro como moneda común internacional: «No es tan fácil—decía—para Inglaterra, por ejemplo, cambiar el valor intrínseco de su soberano de oro, porque su moneda es el chelin y el penique, que, sabido es, son monedas en relación, aunque inferiores, al valor de este soberano. Así, pues, sería necesario modificar éstas, ó que se contase por francos y céntimos.» El sentido práctico de esta justa observación, no puede ser ageno á nadie, y prueba, mucho más que otros razonamientos, cuán impracticable era la solución encontrada en la conferencia de 1867.

(1) Michel Chevalier, 1851.

Esta relación demostró muy pronto, por otros varios argumentos, la imposibilidad de ejecutar y de poner en práctica la exclusión del metal blanco y la adopción del oro votada en 1867, con la especial unanimidad que ya indicamos antes.

La información de 1869, hizo resaltase dos años más tarde la imposibilidad material de enagenar, aun á vil precio, los miles de millones de plata que de hecho poseían estas naciones, y es de admirar cómo la conferencia de 1867, que acogía al oro con tanta solicitud y con aquella unanimidad, no examinó ni decidió entonces el uso que debieran hacer de la plata que poseyeran, y que iban á desacreditar á placer, proscribiendo su empleo.

Esta cuestión previa, hubo de ser resuelta de antemano, pero ya luego debió ser zanjada de un modo tanto más decisivo, cuanto que nos encontrábamos en presencia de un inmenso empréstito americano que amenazaba á Europa con un verdadaro drenaje de oro. Era una doble pérdida, doble perjuicio, embarazo doble el envilecer la plata, cuando se prevenía la rarefacción próxima del oro.

No podemos seguir en este trabajo el dédalo de todas las opiniones que se produjeron en esta gran información comenzada el 9 de Diciembre de 1869, y concluída el 29 de Julio de 1870, después de transcurridas 29 sesiones muy laboriosas; no podemos tampoco reproducir la información escrita con la que procedió la comisión de 1869, pero á este fin, remitimos al lector á los dos gruesos volúmenes publicados por el gobierno francés.

Al mismo tiempo que la comisión de que acabamos de hablar, estudiaba lo que procedía hacer, el comité del comercio de la Alemania del Norte interpretaba ya en una relación dirigida al Consejo federal, como una decisión inmediatamente ejecutoria, la adhesión á la pieza de 25 francos decretada por la conferencia internacional de 1867 en las condiciones que sabemos.

Esta era la primera señal, el primer llamamiento del futuro imperio de Alemania á la adopción del *oro.*

Precisamente esto hacía decir también al gobernador del